

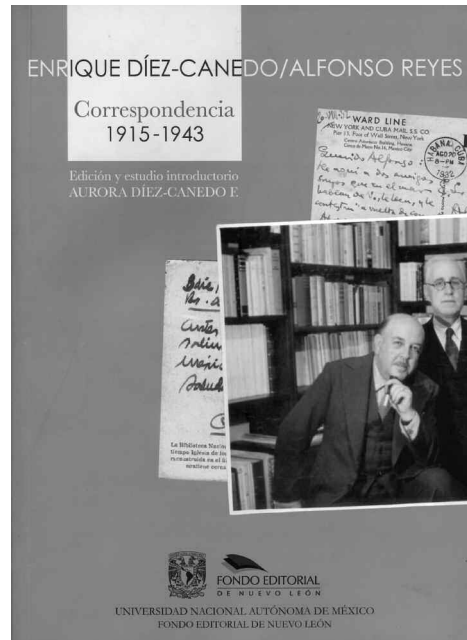
Cartas de una amistad letrada

Álvaro Matute Aguirre

Inspirado en la obra reciente de Hugo Hiriart, *El arte de perdurar*, no puedo dejar de pensar en el hecho de que a don Alfonso Reyes la idea de trascender lo acompañó toda la vida. ¿Se debió acaso a haber sido hijo menor de un padre poderoso? Se podría incurrir con esta afirmación en un psicologismo *light*, pero la idea flota en el aire. El cuidado que siempre puso en el guardado de su correspondencia lo hace ser el escritor cuya obra privada, esto es, la destinada a un solo lector que es a quien dirige una carta, y se concibió en gran parte con la intención de que se volviera pública. Al menos la lectura de la correspondencia sostenida con Pedro Henríquez Ureña plantea esa sospecha, esa posible intencionalidad abarca también al dominicano, mentor de Reyes. No debe entenderse esto como reproche, sino como agradecimiento de las generaciones posteriores a la generosidad de esos maestros.

Para los interesados en la historia intelectual, de las ideas y de las letras, los conjuntos de cartas son una de las viandas más apetitosas en que pueda pensarse. La correspondencia Reyes-Henríquez Ureña constituye una de las más ricas fuentes que pueden concebirse. Ese rico epistolario, como bien se sabe, no es el único del regiomontano. Muchos investigadores han reunido cartas de Reyes con escritores de lengua española que abarcan prácticamente todas las décadas de la vida productiva de don Alfonso. Sus archivos son generosos en ello.

Sin embargo, no toda la correspondencia tiene ese impulso que planteamos como deliberado; también la hay espontánea, fruto más de la amistad que del afán de trascender y por lo tanto más reveladora de estados de ánimo y actitudes que de



ideas cuyo destino era el ser plasmadas en un próximo libro.

Precisamente esta correspondencia, la sostenida entre Reyes y don Enrique Díez-Canedo, es indicativa de un gran sentimiento amistoso y de una buena dosis de espontaneidad.

El trabajo elaborado por Aurora Díez-Canedo Flores, nieta de don Enrique, puede calificarse de impecable. Toma como punto de partida la investigación de Bárbara Bockus, quien en 1964 dio a conocer su tesis doctoral en la Universidad de Texas en Austin, *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*, para completar esta aportación con otras cartas, entre las que destacan las provenientes del archivo de El Colegio de México, ya que Reyes se dirigió a Díez-Canedo en su calidad de presidente de dicha institución. Pero donde brilla más el trabajo de la doctora Díez-Canedo es en la anotación de las cartas, que ayudan al lector en lo referente a circunstancias y perso-

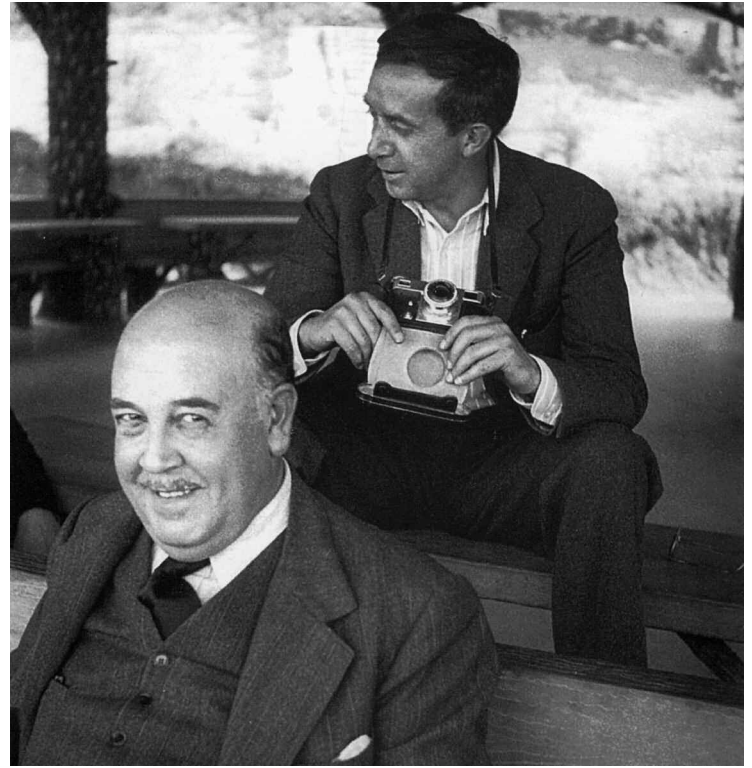
najes, lo que permite una lectura cabal de lo expresado por los correspondientes. Es una anotación precisa, no excedida, siempre necesaria. El resultado es un libro que recupera la comunicación entre dos grandes escritores de nuestra lengua. Cierra con una serie de apéndices con lo que uno publicó sobre el otro en distintos momentos, más algunas reseñas y artículos de otros autores sobre el ambiente literario e histórico que cubre este libro. La necesaria sección gráfica nos permite ver a los protagonistas de la obra rodeados de sus respectivos ambientes, familia y circunstancias. Muy grata. El rigor, característica del trabajo de Aurora, hace que el libro concluya con referencias e índices de la mayor utilidad.

Hasta aquí creo haber cumplido con el deber de la reseña, en el sentido de comunicar lo más básico sobre este nuevo libro. La tarea quedaría, sin embargo, incompleta, tratándose de una presentación en sociedad.

¿Qué decir de esta compilación? En primer lugar, llamar la atención sobre su asimetría. Los años que van de 1915 a 1930 sólo son cubiertos por cartas de Díez-Canedo a Reyes: hasta el año citado en último término las hay de don Alfonso a don Enrique. Mas a pesar de ello los dos están siempre en la correspondencia; Díez-Canedo logra poner a Reyes de cuerpo presente, ya por las experiencias compartidas, ya por la necesidad de proximidad cuando se aleja el uno del otro, lo que incluye a las familias de ambos. Éste es un rasgo propio de las cartas, la presencia de doña Teresa y doña Manuela, además de los hijos: Alfonso, Enrique, Joaquín, María Luisa. Los veraneos de los Díez-Canedo son puntuales en estos aspectos, e incluso hay una que otra carta de la señora Díez-Canedo a Manuella, agregadas a las de su esposo.



Daniel Cosío Villegas, Enrique Díez-Canedo y Salvador Novo, 1933



Alfonso Reyes con Daniel Cosío Villegas, 1940

En la fase 1915-1930 se puede apreciar la labor de quien ejerciera por años la crítica teatral con maestría, lo que lo llevaba a la fatiga, ya por el exceso de estrenos en un Madrid de intensa actividad escénica, ya por la ausencia de calidad teatral advertida por el autor de *El teatro y sus enemigos*. No se escatima ninguna situación anecdótica, de esas que permiten conocer y valorar la cotidianidad. Tal vez leídas hace algunos decenios, estas cartas serían en muchos sentidos anatematizadas por su economía de ideas trascendentales y sólo servirían para un biógrafo ocioso. Hoy en día cobran más alto valor por cuanto nos llevan a lo que hoy se conoce como *detrás de la pantalla* o *after hours*, la pequeña historia de los hombres de letras que tienen esposa e hijos y que se ganan la vida con la pluma. Después, lo mismo, pero aplicado a la tarea diplomática, ya que como es de sobra conocido, los dos se desempeñaron en sus respectivos servicios exteriores.

El tono de la correspondencia no es otro. Priva la amistad, la afinidad electiva, la necesidad de comunicarse y de comunicar el afecto que se profesaban los dos correspondientes. Por eso, el historiador de la política puede sufrir decepción al no encontrar sino muy escasas referencias a cuestiones de Estado. O esas se las reservaron para conversarlas en persona o las dejaron para el ám-

bito oficial. No se trata de una exclusión *in extremis*, algo se deja ver de los ámbitos que rodeaban a los dos amigos, por añadidura embajadores, donde se ve que el mexicano gozaba de mayor ocio en Río de Janeiro, donde editaba su *Monterrey*, que el español en Montevideo, donde tenía que atender intensas relaciones comerciales y a una enorme población de emigrados hispanos, y le resultaba imposible pensar en una labor paralela, aunque nunca estuvo convencido de llamar a una hoja literario-bibliográfica *Badajoz*.

Asuntos graves como el convulso 1929 mexicano o la crisis de la República española y la terrible Guerra Civil apenas son un difuso telón de fondo. Incluso se siente la ausencia de las maquinaciones de don Alfonso con Daniel Cosío Villegas para lograr que el presidente Lázaro Cárdenas acogiera la idea de formar la Casa de España en México, de la que Díez-Canedo resultaría beneficiado. Otros medios se ocuparon de enterar a uno y otro de lo que iba sucediendo.

Pero la decepción del hipotético lector político no es algo que afecte el contenido de esta correspondencia. Lo contrario: puede congratularse el lector de que las cosas de la política no estén y sí en cambio la comidilla literaria, las presencias y ausencias de escritores y amigos, la visita a Madrid,

a París, Buenos Aires, Montevideo o Río de Janeiro de sus conocencias; los avatares de las ediciones, el cuidado y atención con que daban seguimiento a sus publicaciones. Todo esto hace que sea un libro para bibliófilos, no en la acepción de coleccionistas de ediciones, sino de amantes de la palabra escrita. El regalo que obtienen estos lectores es enorme, dada la magnificencia de la prosa de ambos correspondientes. La nota más simple sale de dos plumas privilegiadas. Si acaso, el lector puede apreciar el cambio de cierto desenfado epistolar a la formalidad de la reseña, la semblanza o el ensayo que reúne el apéndice donde se publica ese muy bien logrado seguimiento de lo que uno escribió sobre el otro, hasta llegar al que tuvo que dar la última palabra ante la ausencia del amigo ido. Reyes escribe los epitafios del compañero de tantos viajes, que le llevaba diez años de edad y que se le adelantó en la partida. En suma, una correspondencia grata y aleccionadora, confeccionada a lo largo de los años y recuperada con finura y acuciosidad por Aurora Díez-Canedo Flores, que honra a su abuelo y al amigo de su abuelo. **U**

Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes, *Correspondencia 1915-1943*, edición y estudio introductorio de Aurora Díez-Canedo Flores, Instituto de Investigaciones Filológicas UNAM y Fondo Editorial de Nuevo León, México, 2010, 299 pp.